

Siempre me he cuestionado qué es el tiempo, y solo hoy me doy cuenta que no tenía sentido reparar en ello... Sin embargo, durante muchos años, lo respeté al modo de una divinidad incuestionable, pues sus efectos fueron tan o más reales que mi propia incertidumbre. Es que, ¿quién puede negar su poder? Convierte niños en adultos, paisajes otoñales en vistas veraniegas, hace de la juventud un sinfín de espacios agrietados sobre la piel de quien sea, perpetúa miles de pensamientos y, a la vez, deja otros millares en el olvido del anonimato. Pero, por sobre todo, más allá de la miseria o felicidad de cada ser, recuerda, a cada instante, que nuestra vida no es más que un efímero suspirar atentado, desde su nacimiento, por la inminente muerte, mientras solo él es quien se regocija del placer en su inamovible eternidad. Sin duda, su efecto es tan indiscutible como su poder... No obstante, en mis últimos minutos, descubrí que ciertos recuerdos —solo algunos y muy peculiares— son inmunes a su impetuosa fuerza...

Así, me remonté a sus dorados cabellos, ¿cómo olvidarlos? El club estaba atestado de gente y no se podía esperar menos en una noche de carnaval típica de la década de 1940. Los antifaces se movían de un lado a otro al compás de la música, intentado, inútilmente, ocultar las identidades de los bailarines, y las risas, simplemente, ayudaban a recordar la festividad. Todo era igual a como cada año que se celebraba. Pero ella... ella no era de allí. Su piel de porcelana, su rostro serio, aunque inocente, y su figura vestida al modo de una bailarina rusa eran un paisaje definitivamente nuevo para mis ojos. Era una belleza tentadora que todo hombre intentaría conquistar si no me apresuraba, pero ¿qué iba a hacer? Su rostro serio denotaba una mujer temeraria que con solo verme acercar lanzaría una mirada, dejándome en claro que lo único que conseguiría de ella sería el pase de salida. No tenía muchas opciones, el tiempo se esfumaba y los hombres que se le acercaban eran, unos tras otros, despachados sin consuelo, mientras mi cabeza solo daba más y más vueltas en busca de una estrategia exitosa propia de la fantasía. Sin embargo, quien cree que ese tipo de cosas no ocurren, está en un grave error. Como si Dios lo hubiese puesto allí, un descarado joven apostó a su simpatía y descortesía como forma original de captar su atención. Sin lugar a dudas que logró estar más minutos que los otros, aunque creo que no como lo hubiese deseado. Luego de intentar, sin éxito, con su escandalosa gracia, la joven bailarina rusa se dio la vuelta, dándole la espalda, y esto no agradó a nuestro simpático soberbio caballero que, con una risa nerviosa, le arrebató el antifaz a la joven en busca de recuperar su imagen ya hundida en la ridiculez. Pues bien, los resultados no fueron muy alentadores que digamos: la mano de la muchacha fue tan

veloz como el giro que dio su cuerpo —juro que cualquiera hubiera creído que era una bailarina real—, y se estampó sobre la mejilla del frustrado, acabando no solo con sus esperanzas de conquista, sino también con el lado derecho de su cara y el poco orgullo que le quedaba. Sí, se hizo un breve silencio, y nuestra bella bailarina, luego de pronunciar varias intensas palabras, entre ellas la más delicada «desgraciado», tomó su antifaz de la mano del sorprendido y marchó a la otra punta del salón para sentarse y esperar tranquila a que su rostro, rojo furioso, volviera a su normal blanco inmaculado. El silencio duró unos segundos más, pero, gracias a la magia del carnaval, el bullicio de la alegría retornó sin problemas, dejando atrás aquella intensa escena.

Sí, es verdad, muchos lo vivieron como un momento incómodo; otros, como lo más divertido de la noche, pero yo, sin dudas, no pude pensarlo de otra manera: era mi oportunidad.

Y allí estaba la inexperta bailarina rusa, de una izquierda imbatible, desanimada y sola a la espera del fin de la noche. No tenía que hacer más que acercarme e intentar hablar. Sin embargo, las manos me temblaban como un papel y el sudor corría incesante por mis sienes. ¿Qué demonios me sucedía? ¿Dónde estaba el elegante sinvergüenza dueño de la noche porteña? Parecía mi primera vez, un indefenso pichón de gorrión a punto de intentar su primer vuelo. Sentí que el poder y la seguridad, que solían acompañarme cada noche, habían sido absorbidos, tal vez, por sus ojos, sus movimientos, su carácter... Como sea, estaba en ruinas... y a dos pasos de su mesa. No había opción. Mis pies decidieron por sí solos; ya estaba allí, y su rostro, extrañado, apuntaba a mi figura, esperando alguna reacción de mi parte. Balbuceé y, al notar que las palabras no saldrían, metí una mano en el bolsillo y con la otra señalé la silla vacía que estaba frente a sus narices. Ella, simplemente, arqueó las cejas e hizo un gesto de indiferencia. Respiré profundo, me senté y traté de retornar a aquel hombre de fácil habla y conquista.

—Si me siento aquí, ¿también tendré la fortuna de sentir su mano sobre mi mejilla? —pregunté irónico y con mi típica sonrisa formadora de hoyuelos.

Sus ojos se elevaron a los míos e, intentando reprimir una sonrisa, levantó sus dos hombros de manera simultánea.

—Pues, eso depende de usted, señor...

—Ángel, señorita...

Se sonrió y, negando con la cabeza, apoyó su cuerpo sobre el respaldo para volver a hablar.

—Increíble. No ha dicho más que unas pocas palabras y ya pretende mi nombre. —Volvió a sonreír, aunque esta vez con la mirada baja y el rostro sonrojado.

—Pues, si usted lo prefiere, no tengo inconveniente en llamarla señorita bailarina de porcelana, pero tal vez sea un tanto extenso, ¿no lo cree?

Esta vez rio de tal manera que sus labios se abrieron, dejando a la vista aquellas hermosas piezas blanquecinas. Pero nada se comparó con su melodiosa y dulce risa que no hizo más que hundirme en la fascinación.

—Es más astuto de lo que su sonrisa anuncia —dijo, tratando de esquivar mi mirada. Aguardó unos segundos, respiró profundo y levantó la vista, clavando sus oscuros ojos en los míos—. Bien... Comparto en que sería demasiado extenso... No me deja opción, señor Ángel. Si lo desea, puede llamarme, simplemente, Amanda.

—Bien, Amanda, si no se ofende, me gustaría halagarla con una observación más —dije, buscando nuevamente su mirada.

Entrecerró los ojos, suspiró con un aire propio del fastidio y cruzó los brazos, segura de que no le agradarían mis prontas palabras.

Me acerqué hacia el centro de la mesa y la invité a que hiciera lo mismo para decírselo a modo de un secreto. Confundida con mi conducta, se acercó permitiéndome sentir el delicado perfume que provenía de su frágil cuello.

—Tiene una izquierda increíble —le susurré graciosamente.

Cerró los ojos, avergonzada, y rio tratando, nuevamente, de contenerse. Le había robado una sonrisa más. Y mientras buscaba acomodarse y bajar el rubor de sus mejillas, yo no podía quitar la mirada de su rostro. Noté que unas delicadas pecas decoraban dulcemente su piel y que las gruesas pestañas enmarcaban a la perfección sus enormes y almendrados ojos. Pero mi imaginación iba más allá; soñaba con ferviente locura desarmar y hacer a un lado sus bucles dorados para besar aquel fino cuello que se escondía misterioso. Deseaba tomarla de la pequeña cintura para fusionar su cuerpo con el mío y sentir su calor y aroma hasta el fin de la noche. Imaginaba e imaginaba hasta que su voz me regresó a la realidad.

—Humm... Señor Ángel, ¿está usted bien? —preguntó con los ojos inocentes como los de un pequeño venado.

¡Si hubiera sabido lo que me pasaba! ¡Qué bella inocencia!

—¡Oh! Perdone, Amanda. Es que me he quedado pensando en...

De pronto, la orquesta comenzó a tocar uno de mis temas favoritos de fox-trot y no tuve mejor idea que responder a su pregunta con una impulsiva y arriesgada

invitación.

—Disculpe, es que justamente estaba pensado en este tema musical. Y ahora, al escucharlo, no se me ocurre más nada que invitarla a compartirlo conmigo. ¿Qué dice, señorita Amanda?

—¿Usted se refiere a bailar? —expresó, frunciendo el ceño—. Perdone, señor, pero por más increíble que sea mi creatividad, sería imposible imaginarlo a usted bailando este ritmo —aseveró con una sonrisa y elevando las cejas.

—¡Oh! ¿Pero quién lo hubiera dicho? Con un rostro tan dulce, jamás la hubiera imaginado dando ese tipo de opiniones. —Reí, y ella me miró sonriente, con una inocente soberbia, segura de lo que había dicho.

Se mantuvo en silencio y, sin dejar de mirarme, gozaba de una aparente victoria. Otra vez me había sorprendido y fascinado. ¿Cómo podía ser una criatura tan bella y salvaje a la vez?

Apoyé mis codos sobre la mesa, crucé mis manos y, sin quitarle la mirada de encima, volví a hablar.

—Sin dudas, es de pocas palabras, pero contundentes, señorita. Y, por lo que veo, es bastante desafiante. Sin embargo, le aseguro... no, no, le apuesto lo que usted quiera que soy capaz, y hasta mejor que usted, de bailar esta pieza —aseveré con una mirada retadora.

Ella arqueó las cejas y sonrió superficialmente. Nerviosa, negó con su cabeza hacia un lado y hacia el otro, sin perder la sonrisa y el nuevo rubor en sus mejillas. Miró hacia un costado, mordió su labio inferior y, luego de unos segundos, enderezó su figura mirándome directo a los ojos. Yo seguía inmutable a la espera de su respuesta. Impulsiva, extendió su mano derecha y aclaró.

—Le advierto que desde el momento en que pise la pista, ya es hombre derrotado, señor.

Sonreí y mi corazón latió más fuerte que nunca al tomar su delicada mano.

—Pues, ya veremos, pequeña bailarina —respondí sonriente.

Sí. Era uno de mis temas favoritos y encima de los más practicados con mi orquesta. Era claro que la victoria sería mía, pero, por suerte, ella no lo sabía. O mejor dicho, no lo supo hasta que la tomé de las manos y, sorpresivamente, la hice danzar como nunca en su vida. Sus ojos se abrieron de par en par por la energía que le hice sentir en todo su cuerpo. No le di chances a que hiciera algún movimiento que no fuera guiado por

mí. Su sonrisa se extendió de tal forma que no pudo evitar emitir aquella carcajada dulce y divertida. Reía. Reía natural, libre, satisfecha y, en cuanto se presentaba la oportunidad, ambos clavábamos nuestros ojos en los del otro. Era única, y sus bucles saltaban de un lado hacia el otro, sin descanso y al compás de la música. Y yo... Yo no podía hacer más que gozar de su alegría. ¿Quién iba a decir que me robaría, en tan pocos minutos, tantos suspiros juntos? Era una locura. Y sí. Sin lugar a dudas, era una locura...

—¡Amanda! —expresó una morena asustada y con los ojos inquietos.

El tema justo había llegado a su fin. La muchacha me saludó con una sonrisa fugaz, de puro compromiso, y susurró en el oído a mi bailarina. Suavemente, Amanda soltó mi mano y su rostro cambió al de una jovencita en aprietos. Tragó saliva y me miró unos segundos sin poder decir nada, aunque la otra joven, perspicaz, tomó su lugar.

—Disculpe, usted, pero Amanda no podrá seguir bailando —comentaba nerviosa, mirándome a mí y luego a ella que no quitaba sus ojos de los míos—. Verá, su... sí, su prometido llegó hace solo unos segundos y no le agradecería ver esta escena, ¿comprende?

Al oír aquellas palabras, Amanda despertó, repentinamente, de su estado ensoñador y parpadeó varias veces. Sus cejas se fruncieron y su mirada fue fulminante a la de la joven asustada.

—¿Pero qué cosas dices, Juana? —cuestionó ofendida. Bajó la mirada y, confundida, continuó—: Salvador aún no es mi prometido... Quiero decir, no es que no sea mi...

—Quédese tranquila, Amanda —interrumpí serio y rápido. No quería que notara el fastidio que me habían generado aquellas palabras—. Entiendo la situación y lo que menos quiero hacer es ponerla en un aprieto. Si no le molesta, para evitar confusiones, puedo bailar con su amiga Juana. Acabo de escuchar que ese es su nombre ¿verdad?

Amanda, desconcertada con mi idea, aseveró tímida y se alejó hasta la mesa en la que habíamos estado sentados largos minutos debatiendo sobre mi capacidad en la pista de baile. Sus ojos reflejaban una mezcla de tristeza con furia.

De pronto, la sangre se me hirvió hasta hacerme sentir el calor en todo el rostro. Un hombre apareció detrás de su frágil espalda y posó sus manos, sin ningún problema, sobre aquellos deseosos hombros blancos. Ella giró su rostro y, tímida, sonrió nerviosa al ver al joven.

—Oiga, sus orejas están demasiado rojas. ¿Se siente bi... —empezó a preguntarme Juana hasta que, al mirar mis ojos, giró su rostro hacia donde estaba Amanda. Luego continuó—: Perdone por lo que voy a decirle, pero no tiene ninguna chance. Tendrá

que olvidarse de mi prima. Pero bueno..., creo que no hace falta que se lo diga si lo puede ver con sus propios ojos... —finalizó, agachando la mirada.

—¿Ninguna chance? —cuestioné, sonriendo y levantando las cejas. Luego, seguro y alegre, continué—. Mis ojos solo ven a una inocente e insegura criatura acorralada por un buitre que aún, por lo que han dicho, ni siquiera es su prometido.

La joven abrió los ojos como dos platos y fulminó los míos, aunque asustada otra vez.

—¿Usted escucha lo que está diciendo? ¡Ni se imagina lo que puede pasar si empieza a cortejarla con sus estrategias baratas! Y de más está decir que mi prima no es de esas chicas a las que usted está acostumbrado a conseguir, señor —afirmó indignada—. No, no. Ella no es para usted. Así que le voy a pedir que, como caballero, muestre respeto y la deje en paz.

Otra vez, la alegre música había llegado a su fin. Tomé la mano de la joven con mis dos manos y, antes de despedirme, volví a hablar.

—Quédese tranquila, Juana. Le puedo asegurar que jamás molestaré a su querida prima. Tome mi palabra —aseguré con una sonrisa poco confiable y que la joven develó al instante.

Miré a Amanda una vez más desde lejos y marché.

Cuando dije que era una locura, no fue una expresión meramente impulsiva, pues allí estaba, sentado en la confitería de la esquina a la espera de su presencia. Ahora, la gran pregunta era, ¿cómo llegué hasta allí? Bien, si de locos hay que hablar, mi nombre era el primero de la lista. En cuanto salí del baile de carnaval, no hice más que dar innumerables vueltas a la manzana, pensando en qué hacer. Echaba chispas de la furia de solo saber que ella, aquella impecable belleza dulce y salvaje, estaba con un hombre distinto a mí. Claro, el problema era que, en realidad, no debía molestarme, pues aquel joven no era ni más ni menos que su novio, y si bien aún no era su prometido, desde ya tenía más derechos de lo que yo podía pretender para mí. Pero, por sobre todo, ¿quién diablos era yo para cuestionar aquello? O, es más, ¿por qué me había molestado si, por más hermosa que fuera Amanda, no había sido más que una joven que conocí efusivamente en la noche y con la que solo había cruzado unas pocas palabras? Bueno, eso es algo que no pude responder esa misma noche... Y, por eso, solo seguí lo que mi impulsivo carácter dictó. Dejé de dar vueltas como un trompo y esperé en la esquina a que saliera del club. Sí, eso hice... y pude ver lo que, en adelante, me motivaría a seguirla sin excusas.

Al salir, los tres marcharon hasta llegar a una casa cercana al lugar —y a mi casa, por

cierto—; Juana, incómoda, miró a ambos y se despidió ingresando. Estaban solos. El joven la miraba con fuerte intensidad en busca de una misma respuesta, pero Amanda, silenciosa, sonrió tímida y fugazmente como forma de saludo de despedida. Sin embargo, en cuanto ella empujó suavemente la puerta para entrar, el joven la tomó del brazo y, sutilmente, la acercó a su cuerpo para besarla. —¿Debo expresar que eso incendió mis orejas de rabia? Creo que no es necesario—. No obstante, a milímetros de apoyar sus labios, Amanda corrió con sutileza su fina boca hacia un costado, haciendo que este simplemente la besara en una de sus comisuras. El hombre abrió sus ojos y, al notar que Amanda aún miraba el suelo, se alejó despacio para besarle la mano y retirarse sin palabras de por medio.

Jamás olvidaré ese momento, y menos haber visto a Amanda suspirar de alivio. Mi corazón latió como nunca e hice lo mejor que se me había ocurrido. Gracias a Dios, llegando casi a la esquina y de la mano de enfrente, una confitería sería, desde ese entonces, mi punto estratégico para conquistar a Amanda. Y así fue. No tenía por qué dejar pasar el tiempo sin sentido y, por eso, comencé ese mismo día. Me senté, a primera hora de la mañana, junto a la ventana que me permitía, café tras café, observar casi sin pestañar en dirección a su casa. Pero nada ocurría, ni un solo movimiento. Quizá, en uno de esos fugaces instantes en los que volvía a pedir un nuevo café, Amanda había salido sin darme la chance de volver a encontrarme con ella. Esperé una hora más y, desesperanzado, tomé el último sorbo de café. Sin embargo, a punto de retirarme, escuché cómo unas efusivas uñas golpearon el vidrio de la ventana. Giré mi rostro y, sin esperarlo, unos asustados y furiosos ojos me miraban, desaprobando mi presencia. Sonreí.

—¡Oh! ¡Pero qué sorpresa! —exclamé alegre al salir del local.

Juana frunció las cejas y apretó, furiosa, su vestido con ambas manos.

—¿Me puede decir qué hace usted acá? —inquirió seria y nerviosa.

—¿Yo? —pregunté, simulando sorpresa—. Tal vez sea algo que deba preguntarle yo a usted, señorita Juana. —Volví a sonreír.

—¡Lo que faltaba! —expresó mientras negaba, indignada, con su cabeza—. Usted sí que no tiene vergüenza, señor. Creo que fui más que clara ayer por la noche, ¿o hace falta que se lo repita una vez más? —cuestionó, aunque esta vez más nerviosa y mirando constantemente hacia su casa.

—Disculpe, pero no entiendo qué puede tener que ver este encuentro con lo que usted me advirtió. Ya le he dicho que no molestaré a su prima, ¿recuerda? Además, déjeme decirle que soy un ferviente amante del café y me es imposible abandonarlo por un simple, y sin sentido, capricho suyo —dije, sonriendo con astucia.

—¡Vamos! ¡Por favor! ¿Cree que nací ayer, señor? Si es por tomar café puede hacerlo en otros lugares y más cercanos a su hogar, ¿no lo cree? —expresó irónica. Al instante, volvió a mirar hacia la puerta de su casa y, alterada, continuó—: En fin... Deje a mi prima en paz. Asunto terminado.

La joven, exaltada, intentó acercarse a la puerta de su casa que, lentamente, se abría. Pero la calle empedrada y sus zapatos de tacón se volvieron mis más fieles aliados, haciéndola caer sin remedio. Y, finalmente, la puerta se abrió.

—¡Oh! ¡Juana! —exclamó Amanda sorprendida al ver a su prima tendida en medio de la calle porteña.

Corrí y, aunque por dentro estaba reteniendo un enorme deseo de reírme, ayudé a que la joven se pusiera nuevamente de pie. Amanda hizo lo mismo y, en cuanto levantó su rostro para ver quién la estaba ayudando, abrió sus ojos y labios, emitiendo un suave y ligero suspiro de sorpresa.

—Ángel... ¿qué hace usted aquí? —preguntó, mirándome directo a los ojos y con una dulzura indescriptible.

Juana, que no hacía más que maldecir al empedrado mientras sacudía su vestido, elevó la vista y puso los ojos en blanco al ver a su prima en tal estado.

Yo trataba de disimular el fuerte latido de mi corazón. Los nervios me carcomían.

—Pues... Buen día, Amanda —expresé, tendiendo mi mano hacia la suya. Luego, continué como pude—. Verá... Es complicado de explicar... Es que yo...

—Estaba tomando café en la confitería de doña Cecilia, Amanda —interrumpió Juana, seria y segura.

—¡Claro! Sí, eso es... Es que vivo cerca de aquí y me encanta degustar café, por eso...

—Sí, sí, ya entendió —volvió a interrumpir la joven del tropiezo. Tomó a Amanda del brazo y tironeó con la intención de que ambas marcharan.

—¡Juana! Déjalo hablar. ¿Cómo puedes interrumpir así a quien te acaba de ayudar? Ni si quiera le has agradecido... —expresó con reprobación.

—¡Claro! ¡Qué horror! ¿Cómo he olvidado tal cosa? —dijo de forma exagerada—. Pues, gracias, señor Ángel, y adiós —finalizó, dando la media vuelta y llevando consigo a su prima.

Amanda parpadeó varias veces y miró hacia atrás para saludarme como pudo. Yo,

simplemente, amagué a levantar la mano y a contemplar cómo se iba alejando de mí. Pero ¿en qué demonios estaba pensando? Después de todo el tiempo que había calentado la silla en la confitería, no podía quedarme con el mero recuerdo de otras pocas palabras y la cómica caída de su prima.

—¡Esperen! ¡Amanda! ¡Espere, por favor! —grité animado, haciendo que las dos jóvenes frenaran al instante.

Corrí hasta ellas y, acomodando la garganta y el pelo, volví a actuar desde mi impulsivo carácter.

—¿Es molestia si las acompaño?

Juana miró a Amanda de forma fulminante y, a punto de expresar un rotundo «no», interrumpí.

—Es que no puedo dejarlas caminar solas por aquí, señoritas. Es peligroso y lo mínimo que puedo hacer es ofrecer mi compañía.

Juana se quedó sin palabras y se obligó a guardar su frustrada negación al escuchar a su prima.

—Por supuesto, señor Ángel. Será un placer.

Así, paseamos un largo y extenso rato hasta que se hizo el mediodía. No es que fueran las mejores horas de nuestras vidas, pero sí, quizá, las esenciales para lo que haría en adelante. Y luego de varias visitas a distintos comercios, su prima ingresó sola al último, dejándonos —afortunadamente— solos. Y no me pregunten cómo es que tengo tanta suerte, pero, mientras Amanda revisaba su bolso, pude ver que en la vereda de enfrente yacía un milagroso puesto de flores. Corrí rápido hasta allí y pude escuchar cómo Amanda me llamaba sorprendida, a lo que respondí con una sonrisa y un gesto con la mano para que aguardara unos segundos. Al instante, regresé y las mejillas de la jovencita se encendieron sin remedio alguno.

—Disculpe si la abandoné, pero me fue imposible negarme a esta belleza —afirmé empalagoso mientras le ofrecía una rosa colombiana de imponente rojo oscuro.

—Usted sí que es atrevido, Ángel, pero no puedo negar que también es muy caballero —respondió, tomando la flor y acercándola a su pequeña nariz pecosa.

—Lo de atrevido lo tomaré también como un cumplido —dije gracioso—. De todas formas, déjeme decirle que no es la flor más adecuada para usted.

—¿No? Pero ¿por qué? —cuestionó preocupada y con la mirada triste.

—Antes que nada, le ruego que no se preocupe, Amanda. Si digo que no es adecuada para usted, es con la intención de recordarle que este tipo de flor no es suficiente ni comparable con su belleza.

—¿Debo aclarar que también es demasiado exagerado? —inquirió divertida y levantando las cejas.

—Bueno, si usted lo cree así, seguramente es porque es bastante humilde —respondí con una mirada pícara. Ella rio sonrojada—. Pero si usted me lo permite, puedo dar una explicación seria y real a esto.

—Pues bien, dígame —dijo mientras observaba cómo, y muy pronto, su prima saldría del negocio.

—Mmmmh... Pero creo que es una explicación extensa y que no tiene desperdicio —afirmé y, al notar que en cuestión de segundos su prima estaría nuevamente con nosotros, me apresuré—. Tal vez pueda explicárselo alguno de estos días y, con el mayor de los respetos, a solas.

Amanda sonrió.

—No creo que eso sea posible, Ángel. Usted ya sabe que...

—No, no. No lo diga, por favor. Entiendo su situación. Permítame corregirme —interrumpí arrepentido—. Tengo una mejor idea... ¿qué le parece si esta noche, usted con su prima o novio, como quiera, vienen a disfrutar de nuestra música? —finalicé, sonriente, con los ojos llenos de ansiedad y exagerada esperanza.

—¿Música? ¿Usted es músico? —preguntó confundida.

Juana ya estaba allí, nuevamente entre nosotros, y con la fría mirada clavada en la rosa.

—Amanda, ¿qué es eso?

—¿Eso? —repitió, nerviosa, hasta que recordó la rosa que sostenía—. ¡Ah! ¡Esto! Sí, claro... la rosa..., pues...hummm... Esta rosa me la acaba de obsequiar la esposa del florista de aquí enfrente... Sí, eso es... —afirmó insegura.

—Sí, por supuesto. Me imagino a la «esposa del florista», por cierto, bastante atrevida, regalándote una flor... —dijo sarcástica y fulminándome con sus saltones ojos—. Pues,

como sea, ya es hora de marcharnos... y solas —finalizó, resaltando la última palabra.

No tenía más opciones, así que volví a mi papel impetuoso.

—Bien. Entonces me despido, jovencitas —dije resuelto y seguro—. ¡Ah! Eso sí, las espero esta noche en la confitería Richmond. Tomo su palabra, señorita Amanda —finalicé sonriente y levantando la mano en forma de saludo.

Amanda quedó boquiabierta y su prima solo la miraba con el ceño fruncido. Y, sin dar chances a una respuesta, me marché rápidamente.

Ahora sí, la pregunta era, ¿en qué demonios había pensado? Pues, si padecía de algún tipo de problema con la ansiedad, lo que había hecho era, definitivamente, torturador. No solo corría el riesgo de que Amanda no se acercara, sino también de que pensara que era un vago, amante de la música y odioso del trabajo. Y si ella no lo pensaba, al menos su prima se encargaría de hacérselo saber... Estaba perdido, pero ya no tenía opción. Lo único que quedaba era rogar que ocurriera un milagro... un pequeño y enorme milagro...

Me vestí con mi mejor traje, tomé mi trompeta y practiqué un poco más para olvidar aquella preocupación. La Richmond me esperaba.

Así, había logrado calmarme, quizá hasta olvidarme, por un momento, de mi lacerante angustia, pero mis malditos ojos, perfectos a la hora de buscar problemas, la ubicaron al instante. Allí estaba, más hermosa que nunca... no, quizá, fue la segunda vez que más bella estuvo. Su pelo ondeado caía sobre sus frágiles hombros y su curvilíneo cuerpo vestía de un azul penetrante. Sus tacos emitieron una música perfecta que resonó, en mi mente, seductora y vibrante. Y sus ojos... ¿qué puedo decir de sus ojos si lo único que recuerdo es la velocidad a la que hicieron latir a mi desesperado corazón? Sí, allí estaba. Mi musa, mi bailarina rusa... Y, por supuesto, a su lado, «señorita tropiezo» con su infaltable simpatía... En fin, el milagro había ocurrido. El resto dependía de mí.

No podía quejarme. Ella estaba allí y los nervios que tenía fueron, de a poco, esfumándose gracias a la compañía de mis amigos, en especial, Roberto, quien desde pequeños compartíamos esta amistad y el amor por la música. A él no podía mentirle y, aunque quisiera, siempre terminaba descubriéndome. Así, fue él quien, con una fuerte y amistosa palmada en la espalda, me volvió a la realidad: el show comenzaba.

Trataba de no mirarla y de solo concentrarme en mi trompeta... ¡Por Dios! ¡Jamás me hubiera imaginado lo difícil que era! Pero luego, pensé en ella. Recordé su perfume —que apenas había podido sentir la noche en la que la conocí—, sus bucles, sus labios y... sus ojos. Respiré profundo y todo el aire que, en realidad, hubiera perdido en un suspiro lo descargué en la trompeta en el mejor solo que hubiera, alguna vez, podido

hacer. Los aplausos hablaban de ello y mis orejas, por primera vez, se sonrojaron y no de rabia. Me sentía con una energía única y, por supuesto, otra vez no lo pude evitar. Todavía faltaban unos cuantos segundos para la intervención de trompetas... Y mi impulsivo corazón los aprovechó sin dar vueltas. Dejé mi instrumento a Roberto, quien quedó perplejo por mi conducta, corrí rápido a la primera mesa más cercana a la orquesta y robé, pidiendo permiso a las señoritas que la ocupaban, el pequeño clavel del florero, centro de mesa. Rápido, aunque cortés, pasé entre las mesas de las que se escuchaba el cuchicheo por lo que yo estaba haciendo y, ya frente a sus sorprendidos ojos, le regalé la flor, guiñando un ojo y sonriendo más de la cuenta por lo nervios que su dulce rostro provocaba en mí. Al instante, volví lo más rápido que pude junto a mi amigo, tomé la trompeta y volví a hacerla vibrar como nunca. Las risas y aplausos volvieron a estallar en la confitería, y Roberto me codeó sonriente mientras trataba, también, de seguir haciendo sonar su instrumento. Me sentía lleno de vida, de vigor, incluso de alegría al ver la cara de Juana sorprendida, pero sonriente. Todo era perfecto... demasiado perfecto... hasta que llegó él. Aquella imagen de la puerta abriéndose jamás la olvidaría. Su rostro se notaba despreocupado, hasta con un toque de soberbia. Era, como dicen las mujeres, buen mozo. Por supuesto que no tenía nada que envidiarle, pero tampoco sería tan necio de no reconocer su punto fuerte. Así, no pude despegar los ojos de aquel hombre. Seguí cada uno de sus movimientos... hasta me acuerdo cómo había estirado su cuello en busca de Amanda. Pero había un pequeño problema: mi bailarina aún no sabía que él había llegado y su mano sostenía firme la flor que yo acababa de obsequiarle. Terrible detalle.

Mi mente, desesperada, trató de encontrar la mejor solución —que no fuera escandalosa, por supuesto—, pero el tiempo era limitado. Y, así, acudí a lo último que hubiera elegido, de haber tenido un poco más de tiempo: Juana. Mientras tocaba la trompeta, como podía, enarcaba las cejas lo máximo posible para que la joven me observara. A falta de su atención, empecé a apuntar con mi instrumento hacia ella, abriendo los ojos de forma exagerada. Para mi suerte, logré captar su mirada, pero poco entendía hasta que, ya cansado y a segundos de que ocurriera lo no deseado, apunté con la trompeta varias veces hacia el joven que pronto llegaría a la mesa. Eso causó fuertes carcajadas en toda la confitería... a excepción de Juana, a quien de golpe se le borró la sonrisa. Veloz como un rayo, se dio vuelta y descubrió la presencia del soberbio hombre que, alegre, le sonreía. Sus ojos saltones parecían querer escapar de su rostro, pero, como pudo, se contuvo e hizo lo mejor que pudo haber hecho. Disimuladamente, arrebató la flor a su prima —desconcertada— y sonrió al joven que ya estaba frente a sus narices.

El show no duró mucho más... por lo que me sentí agradecido, puesto que no sabía cuánto tiempo más hubiera aguantado ver a ese hombre pegado a su lado. Tocamos un tema más y los aplausos finales fueron el último sonido alegre del lugar.

Los integrantes de la orquesta se felicitaban entre sí, alegres y satisfechos, pues no era para menos..., pero mis ojos, hundidos en tristeza, solo apuntaban hacia donde

estaba lo único que me importaba: Amanda, mi belleza. Tenía que hacer algo y no me iba a quedar así. Sin embargo, a segundos de correr hacia su mesa e inconsciente de lo que podía llegar a hacer, Roberto me tomó del brazo. No hubo palabras de por medio... Simplemente, movió despacio su cabeza hacia un lado y hacia el otro, clavando sus ojos en los míos. Lo miré un instante más, tragué saliva, pensando en lo que haría e, iluminado una vez más, sonreí con picardía. Al segundo, Roberto descubrió mi intención.

—Ohhh... No... Ni lo sueñes, Ángel —expresó con los ojos abiertos, dando pasos hacia atrás.

—Claro que sí, eres mi amigo, ¿no? —cuestioné sonriente, apoyando mi mano sobre su hombro. Él suspiró.

—Dios mío... lo dices en serio... Ay, Ángel... Que Dios se apiade de nuestras almas... Y si no... bueno... nos tendremos que ver en el infierno.

Ambos reímos y, sin más, nos dirigimos a la mesa de los problemas.

Cada paso que daba, por cada centímetro que me acercaba a ella, mi corazón amenazaba con salir, impetuoso, de mi rendido pecho. Sus ojos trataban de evitarme, pero le era imposible; en cuanto más me acercaba, más veces me miraba. Y así fue hasta que llegamos y no pudieron despegarse de los míos, haciendo que aquel hombre volteara, curioso, hacia nuestras figuras recién llegadas.

—¿Señores? —inquirió, levantándose de la silla.

Y antes de que pudiera presentarme, la nerviosa Juana intervino.

—¡Estos son los caballeros de quienes recién te hemos hablado, Salvador! Han tocado unas piezas increíbles —finalizó con una superficial alegría.

—Pues, sí, Juana. No he podido ver el show completo, pero al menos no me he perdido de la última parte —dijo, sonriendo con picardía.

—¡Oh! Claro, usted se refiere a la parte en que mi amigo Roberto se acercó a regalarle la flor a la jovencita, ¿verdad? —cuestioné sonriente.

Juana abrió sus enormes ojos que, inquietos, apuntaron a mi amigo. Roberto, al principio boquiabierto, acomodó su voz y trató de contener los nervios.

—Un gusto, señor... —saludaba mi amigo a la espera de la respuesta.

—Salvador —dijo entre risas—. Pues, sinceramente, esa parte me la perdí. ¿Quién iba a decirlo? Juana, la rompecorazones —finalizó, riendo solo.

La joven entrecerró los ojos y sonrió, efímeramente, para tratar de disimular el desafortunado comentario. Roberto, perspicaz, la miró una vez más y la distrajo para hablar. Ahora sí. Solo estábamos los tres.

—Y usted, caballero...

—¡Oh! Disculpe la descortesía... Me quedé recordando la escena entre Juana y Roberto —dije, clavando mis ojos en los de Amanda—. Mi nombre es Ángel, señor. Es un placer conocerlo.

—El placer es mío, Ángel —agregó, dándome la mano—. Realmente, lo felicito. Ha sido un show estupendo. Seguramente éste es su único trabajo, ¿verdad? Con tanto talento, no puede dedicarse a otra cosa más —dijo en tono envidioso y con la intención de minimizar el efecto de nuestra actuación.

Amanda, incómoda, agachó la mirada y, a segundos de intervenir para cambiar de tema, respondí.

—¡Oh! ¡Qué más quisiera que eso, señor Salvador! Pero no. Desafortunadamente, si así debo decirlo, mi difunto padre me ha dejado a cargo una fábrica que, de tanto en tanto, debo ir a supervisar. Pero ya sabe... no es lo mío —dije con una amplia sonrisa.

—¿En serio? Pues es usted un hombre muy afortunado, Ángel. Por lo menos tiene una fuente de sustento. Sin lugar a dudas, debe estar más que agradecido con la vida... o, mejor dicho, con su padre —mencionó con una falsa sonrisa tras la que ocultaba una ferviente rabia.

—Sí. Sin duda, estoy agradecido con la vida, señor. No muchos podemos vivir, cómodamente, de lo que nos gusta hacer. Pero, afortunadamente, yo soy uno de ellos y, en forma de agradecimiento, mantengo vivo lo que hizo feliz a mi padre. Seguramente, usted debe saber de lo que hablo, ¿verdad?

—Hummm... —Acomodó su voz—. Por supuesto, señor. No puedo quejarme de la familia de la que provengo y claro está que hago lo que me hace feliz.

—No esperaba menos, señor Salvador. Y, dígame, ¿a qué se dedica? —pregunté gentilmente.

—Tengo el orgullo de pertenecer a la Aviación Militar. Y, sinceramente, no puedo quejarme, menos ahora que, en unos pocos días, marcharemos a La Maruja para luego

ir a Córdoba.

Aquello me había tomado por sorpresa. Fugazmente, miré a Amanda. Estaba agitada y nerviosa; sus ojos solo apuntaban al suelo.

—Oh, maravilloso... —dije superficial—. Aunque, si me lo permite, no comprendo por qué a La Maruja, señor. Quiero decir, entiendo bien la idea de Córdoba, puesto que usted se dedica a la aviación, pero ¿La Maruja?... —inquirí con un tono de preocupación.

—Claro, perdone, Ángel, es que de la felicidad y ansiedad a veces olvido que no todos lo saben aún —dijo, exagerando su sonrisa. Luego, tomó la mano de Amanda y continuó—: Amanda y yo nos vamos a casar... Bueno, eso es lo que queremos hacer, pero antes debo ir a pedir su mano al padre. Es por eso que, primero, iremos allí —finalizó, buscando la mirada de ella.

El silencio duró varios segundos hasta que saqué las manos de mis bolsillos y, tratando de tragar la rabia y dolor, apreté la mano de Salvador, felicitándolo.

—Felicidades, señor —dije al mismo tiempo que me disponía, en contra de mis deseos, a felicitar a Amanda—. Y a usted también, señorita.

Luego y, a punto de marcharme destruido, Salvador volvió a hablar.

—¡Oh! Espere, Ángel. Antes de irme de viaje, me encantaría poder disfrutar de un show más. ¿Cuándo volverán a tocar?

Sí, claro. Lo último que tenía ganas de hacer era tocar música para él. Aunque, tal vez, sí podía... regalarle un trompetazo en la cabeza. En fin... Como pude, me contuve.

—El próximo viernes, señor. Aquí, a la misma hora —respondí seco y serio.

—¡Perfecto! —exclamó, mirando a la preocupada Amanda. Luego volvió a dirigirse a mí—. El tren sale esa misma noche, así que, si no le molesta, podemos venir aquí un rato antes así nos regala algún tema... ya sabe... de amor —sugirió sonriente y ansioso.

—Claro, esa es mi especialidad —finalicé con un dejo de tristeza y mis ojos clavados en ella.

Tomé mis cosas y me marché.

Estaba perdido. Ya no sabía qué más hacer. ¿Debía dejarla ir, como si nada hubiera

ocurrido, para que continuara con su vida? ¿O tenía que agotar hasta la última gota de esperanza? Bien, cualquier persona, usando un mínimo de razón, hubiera dudado, al menos un poco. Pero, por supuesto, como ya he dicho antes, no soy de ese tipo.

Así, pasé tres días haciendo lo mismo. Me levantaba temprano y, sin dar vueltas, me dirigía directo a la confitería de doña Cecilia con la esperanza de verla salir. Pero las horas pasaban y nada podía hacer. Si no era su tía o tío, era su prima quien no salía por nada en el mundo y solo miraba hacia la confitería, desde la ventana del segundo piso... Ya había pasado demasiado tiempo sin verla y mi paciencia se agotaba. No lo pensé más: iría directamente a hablar.

Tomé mi último sorbo de café, me levanté y saludé a doña Cecilia quien, desde hacía un largo rato, me había estado mirando con pena y preocupación. Salí del lugar y, a punto de cruzar la calle, pude ver cómo, al fin, su dulce rostro me observaba desde arriba con un temor propio de la inocencia. La miré unos segundos con profunda determinación y, sin más, me dirigí hasta la entrada. Me acomodé el pelo, respiré profundo y, en cuanto acerqué mi mano para golpear, la puerta se abrió un poco, dejando ver aquel ojo saltón.

—¿Ahora qué quiere? —inquirió nerviosa.

Su ojo se movía de un lado a otro hasta que, más tranquila, abrió al punto de dejar ver su rostro.

—Hummm... Vengo a hablar con Amanda. Es importante —dije, tratando de disimular los nervios.

—¿Eh? ¿Con Amanda? —exclamó, aunque en voz baja—. ¿No se da cuenta de lo desubicado que está siendo? Váyase, por favor. No moleste más.

Quiso cerrar la puerta, pero la detuve. No podía dar más vueltas. ¡Al demonio con todo!

—Bien. Entonces quiero hablar con sus padres, Juana —dije rápido. Luego, tragué saliva y dejé actuar a mi corazón—. Quiero pedir la mano de su prima.

Mis ojos, firmes y serios, se clavaron en los de Juana quien, callada, parecía no estar sorprendida. Luego de un instante, volvió a hablar.

—Usted está loco. Ella ya tiene con quien casarse y está muy feliz... Váyase de aquí, por favor. Adiós, Ángel.

Otra vez quiso cerrar, pero mi pregunta la detuvo al instante.

—¿Está segura de que su prima es feliz?

Un profundo silencio hizo que el serio y pensativo rostro de Juana fuera el protagonista de aquella escena. Se relajó, acomodó su voz y me volvió a mirar.

—Bien. Verla ahora es imposible. Así que, sabiendo esto, dígame qué demonios es lo que quiere. Y sea breve... cualquiera que pase por aquí no dudará en contar esta imprudencia a mis padres —dijo mientras miraba que no hubiera nadie detrás de mis espaldas.

Palpé mis bolsillos y, al notar que no tenía nada en ellos, crucé rápido a la confitería, tomé el primer papel que encontré y escribí lo mejor que pude:

«Mañana a la medianoche. Explicación pendiente.»

Agitado, volví a la puerta y se lo entregué a la vencida Juana.

—Por favor, dáselo. Ella entenderá.

La joven, desconfiada, leyó el papel. Me miró furiosa, pero, a punto de regañarme, la interrumpí suplicante.

—Por favor, confíe en mí, Juana. Soy incapaz de perjudicarla. Créame... Se lo ruego —finalicé con la más profunda sinceridad.

La joven me miró una vez más y, sin decir nada, cerró definitivamente la puerta.

Bien. No volveré a hablar de mi ansiedad ni de la necedad por la que me he caracterizado..., pero... ¡Por todos los santos! ¡A mí solo podían ocurrírseme esas ideas con tanto suspenso! ¿Le entregaría el papel? ¿Podría verla? ¿Me dejaría explicarle? ¿O me arrojaría cualquier cosa por la ventana? ¡Y váyase a saber cuántas más preguntas han quemado a mi cabeza! En fin... Tenía solo un día y lo único que hacía era practicar frente a un espejo todas las conversaciones imaginarias que podía tener con Amanda. Pero ¿tenía sentido aquello? Definitivamente, no.

Vencido, me recosté sobre la cama para relajarme y, cuando menos lo esperé, la idea llegó fresca y pura a mi mente al ver aquellos discos de pasta que tanto amaba. No necesitaba más nada... o casi más nada.

Sí. Sin duda alguna, la noche sería perfecta.

Tiré una piedra y luego otra, hasta que, finalmente, Juana abrió esquivando la última lanzada.

—¿Pero qué le pasa?! ¿¡Acaso perdió la cordura!? —exclamó indignada y furiosa.

—¡Perdone, Juana! ¡Es que pensé que no me había escuchado! —vociferé alegre.

—¡Shhhh! ¡Si sigue haciendo este escándalo, mis padres se levantarán!

Callé y, divertido, hice el gesto de cerrarla al modo de un cierre. Juana puso los ojos en blanco y, despacio, llamó a su prima quien, bella, pero nerviosa, se asomó deslumbrándome una vez más.

—Amanda...

Se hizo un silencio.

—Hola, Ángel... —saludó poco convencida de lo que hacía.

—Recibió mi mensaje, ¿verdad?

Levantó las cejas, suspiró y respondió.

—Aquí estoy... —y a punto de que comenzara a hablar, me interrumpió seria y clara—. Pero si me he acercado, Ángel, es simplemente para recordarle que pronto...

—No, por favor, no hace falta. Yo solamente quiero... —decía con desesperación.

—Sí, lo sé, la explicación, pero no creo que sea lo mejor porque...

Al instante, una voz distinta a la nuestra interrumpió.

—¡Shhhh! ¡Pero, Dios mío! ¿Pueden hacer silencio? ¿Acaso no ven que quiero dormir en paz? —inquirió Juana, acercándose a la ventana junto a Amanda. Luego, continuó—: Basta. Se acabó. Baja de una vez por todas, Amanda, y termina con esto. No te va a hacer nada y si intenta lo que tú ya sabes qué, haces con el pie lo que ya te dije... ahí, entre las piernas, ¿sí?

No pude contener la risa. Juana bufó, pero enseguida empujó a su prima hasta el interior del cuarto. A los segundos, Amanda ya estaba en la puerta. Quiso hablar allí mismo, pero una nueva intervención de su prima me ayudó a convencerla de que me acompañara a un lugar en donde pudiéramos hablar tranquilos. Así, llegamos hasta la puerta de mi casa. Ella me miró insegura, pero con la mirada le expresé que podía

relajarse.

—Eso sí, cierre los ojos, Amanda. Confíe en mí.

Sonrió y, luego de unos segundos, los cerró. Apoyé mis manos sobre sus hombros y, despacio, la guíé hasta el patio de mi hogar.

—Ahora puede abrirlos.

Y lo hizo. Allí estaba, con los ojos abiertos de par en par y una sonrisa propia de la sorpresa. Y no era para menos. Con mis propias manos, había preparado —por primera vez— una cena exclusiva para ambos. La pequeña mesa, iluminada con dos velas, encajaba perfecta en aquel patio adornado por el antiguo aljibe y mi infaltable vitrola. La tomé del brazo, corrí su silla y la invité a sentarse. Estaba fascinada. Y yo también.

No hicieron falta las palabras. Y de más está decir que no probé un solo bocado... Ver su boca sobre aquel tenedor, su cabello apenas moverse con la brisa de la medianoche y sus ojos... Era demasiado. Me levanté, fui hasta el aljibe y la llamé. Me miró y, con una sonrisa dulcemente seductora, se acercó quedando solo a unos pocos centímetros de mi cuerpo.

—Mire, Amanda. —Señalé a la luna—. Es noche de luna llena, ¿no es hermoso?

Sonrió una vez más, mirando al limpio cielo de la noche... Y, sin esperarlo, me tomó, delicada y temblorosa, la mano. Mi corazón estalló en un desenfrenado galope. Así, antes de intentar cualquier locura, la solté por un segundo y preparé la vitrola. Extendí mi mano y, con los ojos hundidos en los de ella, la invité a bailar, en su versión más actual y romántica, mi más amado tema: Moonlight Bay...

Suavemente, su cuerpo se fusionó con el mío y la dulce melodía guió a nuestros cuerpos en un movimiento seductor y lento. Ella se dejó vencer y apoyó su mejilla sobre mi pecho. Y yo... y yo no podía más.

—Ángel... ¡Su corazón va a estallar! —dijo, haciendo resonar aquella melodiosa risa.

—Hummm... Es que estoy un poco nervioso... ya sabe... por la explicación...

—Oh... Cierto... Le debo una explicación por lo del otro día. Es que yo...

—¿Qué dice, Amanda? Usted no debe explicarme nada —interrumpí, mirándola a los ojos. Luego, estiré mi mano hasta la vitrola y tomé la flor que, hasta entonces, había escondido—. Tome. Esta es la flor más indicada para usted, pues, para mí, siempre fue, es y será la más bella.

Tomó la orquídea, la acercó a su nariz y volvió a mirarme.

—Usted sí que tiene un gusto exquisito.

La acerqué a mi pecho y, a centímetros de su boca, afirmé.

—Sin lugar a dudas, mi bailarina rusa.

Sus manos se apoyaron sobre mi nervioso pecho y su perfume se adueñó de todo mi cuerpo, venciéndome al instante. Ya no había escapatoria. Era suyo. Solo suyo. Aquella tierna boca estaba quemando mis labios como nunca. Su dulzura y su sabor a miel me hundían en un sinfín de sensaciones que, insistentes, reclamaban su compañía por el resto de mis días. ¡Por todos los santos! ¿Cómo alguien tan frágil, y salvaje a la vez, había sido capaz de apresar mi corazón en tan poco tiempo? No tenía explicación racional, pues solo pude entenderlo allí, bajo la luz de la luna, fusionados en el más puro y pasional beso que pude alguna vez haber tenido. Pero debía frenar... Aquel fuego me estaba consumiendo. Así, posé mis manos sobre sus mejillas y, muy a mi pesar, retiré mis labios de los suyos para mirarla a los ojos y volver a hablar.

—No te vayas, Amanda. Quédate conmigo —dije, con los ojos perdidos en la pasión de nuestros cuerpos.

Despacio, se alejó de mí y, con los ojos llorosos, miró directo al suelo. Luego, tapó su rostro con ambas manos para, después de unos segundos, volver a mirarme apenada.

—Perdóneme, Ángel. Esto... esto está muy mal. Es que yo...

No hubo remedio. Sus ojos se llenaron de espesas lágrimas que, impetuosas, bañaron sus rosadas mejillas. No pasó un segundo hasta que la envolví con mis brazos.

—No llores, por favor, no llores... Lo que ha sucedido es lo más hermoso que se puede vivir... —e, impulsivo, continué—: Cástate conmigo, Amanda.

De pronto, su llanto cesó. Se alejó nuevamente de mi cuerpo y, con el rostro serio, dijo las últimas palabras de la noche.

—Esto fue un error. Le pido disculpas, señor. Que tenga buenas noches.

Y, sin darme espacio a reaccionar, echó a correr.

No pude hacer nada. Sus palabras me habían enterrado en las más oscuras tinieblas.

Era mi fin.

Ya era viernes. No quería pensar en más nada; solo en mi trompeta. Pero aquella noche había sido demasiado. No hubo segundo del día en que no llorara. Y mi mente no había hecho más que recordar, de forma tortuosa, aquel beso determinante en mi vida. Como sea, lo único que esperaba era que no se acercara... estaba devastado... Y mi alma se sentía incapaz de soportarlo...

Así, Roberto se acercó y, una vez más, me palmeó la espalda. Era la hora.

Y todo hubiera sido normal de no ser por aquella maldita puerta. Lentamente, se abría dando espacio para lo último que hubiera querido ver... ¿Pero a quién quería engañar? Era ella. Mi bailarina... Mi Amanda. Y, claro, el arrogante fortachón de los aviones a su lado, con esa sonrisa de mequetrefe... Como pude, me tranquilicé y traté de no mirarla, pues sabía que sus ojos se clavarían en lo míos, haciéndome cometer locuras como ir corriendo para comerle la boca desenfrenadamente..., algo que, por cierto, me hubiera hecho ganar varios moretones en los ojos. Así, solo hice lo último que quedaba a mi alcance. En cuanto terminó el tema, dejé la trompeta a un lado, tomé a Roberto del brazo —cuyo rostro era propio de la perplejidad— y llamé a un joven de la orquesta que también tocaba la guitarra. Les susurré a los oídos lo que haríamos, acomodé la voz y, una vez más, el impulso de mi corazón me llevó a actuar.

—Señoras, señores. Antes que nada, buenas noches. —Todo el mundo en la confitería se sorprendió—. Disculpen esta repentina interrupción, pero cuando se trata de amor... ya saben... uno no se puede negar —expresé, clavando mis ojos en Amanda quien, nerviosa, me miraba sin pestañar—. Es por eso que tengo el honor de dedicar el siguiente tema, improvisado por cierto, para una joven pareja que pronto hará honor a esta fuerza incontenible. Para Amanda y Salvador, aquí va...

Sus ojos se llenaron de lágrimas al instante. Y su rostro, hundido en tristeza, era una clara señal de que mi voz, cantando mi canción predilecta, la había transportado a nuestra hermosa noche de luna llena. Sí. Sus ojos hablaban por sí solos... Ambos estábamos en el mismo recuerdo de aquel beso que nos había unido en el más puro de los sentimientos... Mientras tanto, nuestro querido y corpulento aviador sonreía sin percatarse del estado de mi Amanda. Sin dudas, un pobre hombre... En fin...

Sinceramente, no sé qué es lo que esperaba de aquella conducta mía... Pero lo obvio sucedió. Amanda se levantó impulsiva y, sin dar ningún tipo de explicación, se retiró del lugar. Salvador —y gracias a los avisos de las mesas contiguas...— se retiró sorprendido, segundos después. Ágil, quise ir tras ellos, pero la mano de Roberto me detuvo una vez más, aunque esta vez para obligarme a quedarme allí hasta el final del tema.

Y así fue. Sin embargo, en cuanto terminé de saludar al público, salí corriendo lo más

rápido posible. Tenía que detenerla. Y no me importaba —aunque, en el fondo, un poco sí— si escogía estar a mi lado; simplemente, la rescataría de hundirse en la infelicidad con ese otro hombre. En pocas palabras —paradójicas, por cierto—, la salvaría de Salvador.

No tenía mucho tiempo... ¡Por todos los cielos! ¡Jamás odié tanto al reloj como en ese momento! Desesperado, arrojé todo lo que estaba a mi alcance hacia la ventana de Juana. Grité una y otra vez; observé más de tres veces hacia todas las esquinas por si llegaba de algún otro lado, esperé un largo rato y, luego..., recordé que tanto ella, como su tía y Salvador ya debían estar por tomar el tren a La Maruja. No lo podía creer. ¡Maldije la hora en que se me ocurrió primero ir allí!

Agotado por la angustia que me generaba el sonido de las agujas del reloj que mi propia mente creaba, me dirigí lo más rápido posible hasta la estación... El sudor me caía por las sienes de solo imaginar a Amanda marchar sin retorno... Y allí estaba el tren, a punto de partir. Corrí y corrí como pocas veces en mi vida, grité su nombre con desenfreno estirando mis brazos, creyendo que así me escucharía, pero nada funcionó...

El tren arrancó y su infernal ruido tapó todos y cada uno de mis desgarradores llamados... Mi cuerpo no lo soportó más y, vencido del dolor, se dejó caer sobre el mugriento piso de la estación.

No quería más nada. Sentía que nada tenía sentido en esta vida. Maldije una y otra vez hasta el hartazgo y, sin remedio, me dormí apoyado contra una columna.

De pronto, la luz del sol naciente acarició mis mejillas, tratando de abrir mis hinchados ojos. Por un momento, pensé que todo lo que había vivido no había sido más que una pesada y cruel pesadilla... Pero no, allí estaba, en la maldita estación de tren. Y las preguntas volvieron a mi mente, ¿por qué a mí? ¿Qué había hecho para merecer todo aquello? ¿Por qué la había conocido? ¡Por qué, por qué y por qué! Hasta que una sombra me privó de aquella delicada luz solar que me había vuelto a la realidad. Fregué mis ojos y traté de acomodarme, pero no podía ver bien... Tal vez era uno de los empleados del ferrocarril o, quizá, Roberto que venía a buscarme... Sin embargo, lentamente, la luz de aquel amanecer me permitió distinguir aquella figura. Su dorado cabello brilló más que nunca y sus labios, rosados como siempre, se abrieron para dar espacio a aquel sonido dulce y reconfortante.

—¡Ángel! ¡Por Dios! ¡Te hemos buscado por todos lados! —exclamó preocupada mientras me tomaba del brazo para levantarme.

No. No era posible... Amanda... Sí, Amanda estaba allí, tomándome del brazo...

—Amanda... ¿Cómo es que... —señalé confundido hacia las vías del tren.

—Tonto. No eres más que un tonto —repitió con una sonrisa y los ojos vidriosos.

—Te quedaste, mi bailarina... —expresé confundido y con los ojos mirando los suyos. Luego, impulsivo, la tomé de la cintura y la elevé, dando vueltas de la felicidad—. ¡Te quedaste, Amanda! ¡Te quedaste! ¡Yo sabía! ¡Yo sabía!

Su risa volvió a sonar tan o más alegre como aquella vez en la noche de carnaval. Y sí. Sin lugar a dudas, esta vez había sido la oportunidad en que más bella había estado. Jamás olvidaría aquel rostro repleto de alegría ni aquella carcajada libre y natural... Jamás olvidaría aquellos ojos que, desde ese entonces hasta el día de hoy, lo único que reflejarían sería felicidad. Jamás olvidaría a Amanda, mi bailarina..., mi esposa.

Así, puedo decir que el tiempo es capaz de acabar con muchas cosas, incluso recuerdos, también. Pero nunca, por nada en el mundo, será capaz de desvanecer este tipo de memorias, pues jamás podrá borrar lo sellado por esa fuerza más poderosa: el amor.